



Ponente¹

JESÚS VIDAL

Obispo Auxiliar de Madrid

Muchas gracias por vuestra invitación.

Es un currículum, como dices, con muchas cosas, muchas mezcladas. Las fechas a lo mejor no coincidían exactamente, pero porque muchas cosas se han ido montando unas encima de otras y es verdad que, por la razón que sea, la Iglesia había ido dando distintas labores. El tiempo más largo ha sido el que he estado al servicio de la Acción Católica, donde he estado casi la mayor parte de mi ministerio trabajando con jóvenes, lo mismo que en la Delegación de Juventud, y luego en el seminario. Por eso os agradezco también la invitación a este Congreso.

“No tengas miedo a la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser”. Número 32 de la *Gaudete et exsultate*. ¿A qué miedo se refiere aquí el Papa Francisco? Podríamos parafrasear esta afirmación diciendo: “no tengas miedo de la vocación”.

El miedo es un reflejo que involuntariamente surge en nosotros cuando hablamos de vocación. Es muy fácil hablar de vocación en un sentido teórico y reflexionar acerca de ella, pero exponer la propia vida a la llamada nos sitúa ante un abismo de gran incertidumbre. De aquí proviene el miedo.

Para hablar de vocación, sin embargo, lo primero no es la reflexión sobre la vocación. No fue así en el caso de los discípulos de Jesús y tampoco ha sido así en aquellos que, a lo largo de estos 2.000 años, le hemos seguido. Porque la vocación no comienza con una reflexión, sino con un encuentro. Es el encuentro, muchas veces inesperado, con aquel que abre nuestra vida a un sentido más amplio del que esta tiene de por sí. Así sucede en el amor, porque está escrito en su propia estructura.

Nadie se ha enamorado a partir de una reflexión sobre el amor, sino en el encuentro con otra persona que ha abierto el límite de nuestra existencia, impactando en nuestra vida e introduciéndonos a una relación que,

¹ Transcrito por audición.

ciertamente, ni en su origen ni en su fin entra en los límites de su poder. Uno no puede hacer nada para enamorarse, incluso uno propiamente no puede hacer nada para permanecer en el amor.

Frente a un primer miedo a que la relación con otro que nos llama nos quite fuerzas, vida o alegría, la experiencia de los que hemos acogido esta llamada y hemos seguido a Jesucristo es que Él es la verdadera fuente de la alegría y el custodio de nuestras fuerzas, permitiéndonos afrontar tareas de las que no habríamos imaginado ser capaces. Yo, de esto, puedo dar absolutamente testimonio. Jamás hubiera pensado que yo hubiera sido capaz de vivir los ministerios que he vivido, y menos aún de ser obispo, y, sin embargo, la Iglesia ha confiado en mí.

Como un testimonio inolvidable de esta experiencia, resuenan en los corazones de muchos de nosotros aquellas palabras de San Juan Pablo II en el año 2003: “Al volver la mirada atrás y recordar estos años de mi vida, os puedo asegurar que vale la pena dedicarse a la causa de Cristo, y por amor a Él consagrarse al servicio del hombre”.

De esta prioridad del encuentro podemos deducir que, cuando escuchamos de un joven la pregunta acerca de cuál puede ser su vocación, la respuesta es muy sencilla: tu vocación es Jesucristo, y punto. Esto podría parecer evidente, pero muchas veces permanece como un principio teórico que no afecta realmente a la vida. Mientras no pongamos en la base de la vocación un verdadero encuentro con Cristo, que nos impulse a dejarle entrar en nuestra vida y a salir de nosotros mismos para seguirle, corremos el peligro de afrontar la vocación como un destino ciego de un dios lejano que cae sobre nosotros. Esta es la razón por la que muchas veces, hablar personalmente de la vocación, nos da miedo: porque falta, en este caso, la cercanía que trae consigo el encuentro con Jesucristo.

Esta es, muchas veces, una concepción de la vocación como si estuviera atada a la eternidad que se cierne sobre nosotros como un plan escrito desde siempre, como si estuviera escrito en las estrellas, y que nosotros hemos de acertar o encontrar siguiendo las pistas de una especie de concurso televisivo o *yincana* espiritual. La vocación no es así.

En su mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud de este año 2018, el Papa Francisco nos hablaba precisamente de los miedos que nos impiden seguir la vocación, y señala tres principales: el miedo a no ser amados y aceptados, el miedo a quedarnos solos, y el miedo a no ver cumplidos nuestros sueños. En estos tres miedos podemos encontrar una progresión gradual que señala, como el negativo de una fotografía, el camino del anhelo que todos tenemos de una vida plena.

El primer miedo corresponde al deseo que tenemos de ser amados y acogidos por otro, para así poder también nosotros amar. El segundo miedo corresponde a la búsqueda de una comunión firme, que permanezca, que nos libere definitivamente de la soledad. El tercer miedo corresponde a la meta de la vida eterna, que es representada por el cumplimiento de nuestros sueños.

Por lo tanto, estos miedos nos señalan que la vocación no se refiere, en primer lugar, a la búsqueda de un proyecto de vida a realizar -no es una autorrealización- sino al encuentro de una persona que nos acoja, que nos permita amar, que nos libere de nuestro aislamiento y que nos lleve a una comunión perfecta, que es lo que de verdad deseamos. Esta perfección solo puede consistir en la madurez del darse a sí mismo, madurez a la que está llamada la libertad del hombre.

La vocación cristiana se descubre, por tanto, en un diálogo en verdad y libertad. Lo que se impone no es un proyecto de Dios sobre nosotros, sino el amor mismo de Dios, que quiere volcarse en nosotros perfeccionándonos a través de la semejanza divina. La libertad no está amenazada por la vocación, sino que, precisamente, encuentra la libertad en el seguimiento de Cristo el crecimiento hacia su misma perfección.

¿Cómo se realiza entonces esta perfección? La imagen bíblica del fruto se presta muy adecuada para iluminarlo. Esta imagen del fruto es muy abundante en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. En el relato de la Creación, por ejemplo, tanto a las plantas como a los animales como al hombre se les da el mismo mandato: fructificar, dar fruto. Así, desde el principio este dar fruto implica un imperativo de fecundidad y, por lo tanto, de la posibilidad de permanencia en el tiempo de la acción creadora divina.

La aparición del fruto, es decir, la fecundidad, requiere además la cooperación del hombre con Dios. De Dios provienen el agua y la primera semilla, y del hombre el cuidado de la tierra que ha de acoger esta semilla. La semilla contiene en sí misma el poder de fructificar, pero requiere ser acogida en el seno de una tierra buena para que dé un fruto abundante. En caso contrario, esta potencial fecundidad que tiene la semilla prácticamente se perderá, y esto también es posible.

En el capítulo 15 del Evangelio según San Juan, la imagen del fruto recibe un giro, y Dios en Cristo entra en la creación, siendo Él mismo la vida a la que ha de estar unido el sarmiento para dar fruto. La savia entra en las ramas, las ablanda y rebosa en ellas, abriéndolas a un crecimiento inesperado en forma de un fruto dulce que custodia una nueva semilla de vida.

En esta imagen, la imagen del fruto, podemos encontrar luz acerca de cómo se desarrolla la vocación. En primer lugar, la vida humana ha sido crea-

da para entrar en diálogo con su creador. Como señalaba el Papa Francisco en la cita de la *Gaudete et exsultate* con la que iniciaba la ponencia, la acogida de la vocación obedece a la fidelidad al propio ser, de la misma forma que un árbol da el fruto conforme a lo que es.

Pero no podemos quedarnos ahí, ya que mientras en el árbol este fruto se da en cierta manera de una forma automática, conforme a unas condiciones dadas, en el hombre entra en juego su libertad, como capacidad inevitable de disponerse a sí mismo, de orientarse en la vida.

En segundo lugar, por tanto, la vocación se desarrolla en el diálogo de libertad entre el Creador y la criatura. No es una férrea voluntad que se impone, sino una invitación a entrar en el misterio de comunión para el que hemos sido creados. En este diálogo, esto es importante, Dios tiene en cuenta la condición de la criatura. Dios no se salta la condición de la criatura imponiéndole una forma. La fuerza de Dios no se revela en la imposición de esta forma, sino en la absoluta determinación de amor por sus hijos, en su firmeza de salvación, de dar vida. La voluntad de Dios conquista por su amor como voluntad firme de alianza, de comunión, no por la imposición de una misión o función determinada.

En tercer lugar, la llamada siempre tiene una mediación cristológica. Cristo es la vid que comunica la savia viva, es el Espíritu Santo que llena nuestra carne y la abre al fruto inesperado de la semejanza divina, como ocurría con la rama. Amamos como Dios ama, con su mismo amor, y es este amor el que se desborda en una forma concreta.

En la vocación se dan así dos dimensiones. En primer lugar, el descenramiento. Por eso aparece el miedo, porque uno es descentrado de sí, porque uno deja de tener su vida bajo el control de las propias fuerzas. En palabras del Santo Padre en la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones del año 2015, creer quiere decir renunciar a uno mismo, salir de la comodidad y rigidez del propio yo para centrar nuestra vida en Jesucristo. En segundo lugar, la correspondencia. Esta es una experiencia común en la respuesta vocacional, y es por la que a veces podemos percibir este “he sido llamado desde siempre”. Cuando uno encuentra la vocación, cuando uno encuentra la forma en la que su vida, como decía antes, se desborda en una forma concreta, da la impresión de que para esto hemos nacido. Es que la vocación es una luz que es capaz de iluminar toda la existencia desde su origen.

Por último, esta forma se realiza en un pueblo. Como recordaba el Papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones del año 2016, la vocación cristiana, así como las vocaciones particulares, nacen en el seno del pueblo de Dios, y son dones de la divina mise-

ricordia a su pueblo. La vocación, por lo tanto, es, en cierta manera, verdaderamente un don para uno mismo, pero es también un don para la Iglesia. No hemos de olvidarlo. Muchas veces, a la hora de abrirse a una vocación, uno tiene que descubrir que esa vocación no es solo para uno, sino que la Iglesia necesita esa vocación.

Mirando a la historia de la Iglesia descubrimos que Dios ha dado a su pueblo las vocaciones que necesitaba en cada momento histórico. El fruto no tiene un sentido aislado, sino que tiene sentido en la vid, que representa al mismo tiempo a Cristo y al pueblo de Dios, a la Iglesia. La semilla que el fruto contiene en su interior, al caer en la tierra generará una nueva vid. Pensad que así es como la vocación matrimonial tiene como finalidad la continuidad del pueblo de Dios, la regeneración de la Iglesia. Lo mismo que la vocación a la vida consagrada en sus diversas formas y la vocación al sacerdocio están al servicio del crecimiento y de la regeneración en Cristo, de la Iglesia, de modo que, a través de estas vocaciones, la viña santa, que es la Iglesia, se extiende en el tiempo y en el espacio.

No podemos pensar, por lo tanto, que la tierra buena que la vocación necesita para ser acogida se refiere a otros. Esta es la dimensión materna de la Iglesia que nos recordaba el Papa Francisco en el mensaje citado del año 2016: “Todos los fieles están llamados a tomar conciencia del dinamismo eclesial de la vocación, para que las comunidades de fe lleguen a ser, a ejemplo de la Virgen María, seno materno que acoge el don del Espíritu Santo”.

Esto significa que ninguno de nosotros somos ajenos al misterio de la vocación, o bien porque lo vivimos como sacerdotes u obispos consagrados, matrimonios, o bien porque estamos en disposición de vivirlo. Todos estamos en disposición de vivirlo, y de lo que cada uno viva, referido a lo que cada uno viva, está la forma en la que Cristo seguirá extendiendo su Iglesia en el tiempo y en el espacio.

El acompañamiento consiste en hacerse cargo de la vida de otros para hacer un camino juntos. Esto es lo que el Señor pidió a los discípulos cuando estos se encontraron con Él. Si os fijáis, el Señor no les pidió a los discípulos una acción extraordinaria, no les pidió algo extrañísimo. Simplemente les pidió que estuvieran con Él, que continuaran con Él, que le escucharan, que caminan con Él hasta el final. Así, haciendo este camino, descubrieron que era Él quien entregaba la vida para acompañarlos más allá de la muerte, haciendo de su vida en comunión, de la comunidad que ellos estaban formando, la tierra buena de la que nacería la Iglesia.

Para ver cómo podemos realizar este acompañamiento que prepare la tierra buena en la que surjan las vocaciones en cada momento histórico,

podemos repasar, para hacer este acompañamiento hoy, algunos elementos del contexto educativo actual, tal y como se ha descrito en el reciente sínodo.

En primer lugar, constatamos que estamos en un mundo que cambia rápida y continuamente. Seguro que es algo que habéis oído muchas veces, y se habrá repetido en el congreso. El paradigma es el cambio. La rapidez de los procesos de cambio y de transformación es la nota principal que caracteriza a nuestras sociedades y culturas contemporáneas.

Así lo señalaba, por ejemplo, el Papa Francisco en el número 18 de la *Laudato si*. Decía: “Si bien el cambio es parte de la dinámica de los sistemas complejos, la velocidad que las acciones humanas le imponen hoy” y subrayo este “las acciones humanas” son las que provocan esta dinámica de cambio, “contrasta con la natural lentitud de la evolución biológica”. La combinación entre complejidad elevada y cambio rápido, ciertamente hoy nos cuesta pensar o imaginar cómo será la sociedad dentro de 20 o dentro de 40 años, pues tampoco es tanto. Esta complejidad provoca que nos encontremos en un contexto de fluidez e incertidumbre nunca experimentado.

Es un hecho que debe asumirse sin juzgar *a priori* de si se trata de un problema o de una oportunidad. Pero esto implica, como segundo rasgo, la dificultad para elegir algo en lo que permanecer. Como veíamos antes, al hablar de los miedos, el miedo al fracaso nos paraliza de diversas formas, y este miedo al fracaso, en cierta manera podemos pensar que se ha potenciado mucho en este contexto de cambio.

En palabras del documento final del Sínodo sobre la Fe, Juventud y Distanciamiento Vocacional, en el número 68 dice: “El miedo a lo definitivo genera una especie de parálisis de decisión”. Esto hace, a mi juicio, que los jóvenes basculen entre dos tentaciones. La primera, agarrarse a algo para intentar que no se vaya. En este contexto de fluidez, uno necesita alcanzar rápido certezas de seguridad. Muchas veces siendo rector del seminario me he encontrado con jóvenes que, ante la conversión, querían ser sacerdotes ya. Pero ya es ya. Es decir, un año de preparación como mucho, y sacerdote. ¿Por qué? Porque ya lo tengo claro, pues ya, ¿no? Ante un proceso largo de preparación, de discernimiento, de repente, la vocación es otra, ahora la vocación es el matrimonio.

Creo también que muchas veces esto está detrás de la forma que tienen hoy los jóvenes de vivir las relaciones, y muchas veces de las relaciones sexuales precoces. En el fondo, lo que uno busca es esto, es la certeza de un amor muy fuerte, de un signo muy grande, algo que me permita atar este amor, que me permita tener una certeza muy fuerte, sin descubrir que, al querer agarrarlo, lo que hace es precisamente lo contrario: se me escapa por-

que no se construye. Lo mismo que la vocación. Si yo rápidamente quiero responder a la vocación y ser ya sacerdote, lo más posible es que, ante la frustración de que esto no es así, esto se vaya deshaciendo.

La segunda tentación es a no comprometerse con nada. Ante este cierto desencanto que las decisiones van generando, no comprometerse con nada, fluyendo de una opción a otra pero navegando hacia una definitiva soledad. Al no poder construir nada, en el fondo uno acepta esto y se genera un círculo vicioso.

En el contexto de fluidez y precariedad que hemos esbozado, la transición a la vida adulta y la construcción de la identidad se producen en un contexto de gran incertidumbre, y los jóvenes, bueno, todos, nos vemos obligados a readaptar nuestras trayectorias de vida y a retomar continuamente el control de las opciones. Además, junto con la cultura occidental se difunde también una concepción de la libertad que se entiende como continua posibilidad de acceder a nuevas oportunidades.

Se niega que construir un itinerario personal de vida tenga que implicar necesariamente renunciar a recorrer en el futuro caminos diferentes. Así, ser sacerdote, tomar esta decisión, significa ciertamente que no formaré una familia, que no me casaré con una mujer, que no tendré hijos. Aceptar esto pronto, hoy, cuesta mucho. Que casarme con esta chica o con este chico ya para toda la vida significa renunciar a lo que me pueda dar en el futuro el conocimiento de otros chicos o de otras chicas... Por qué tengo yo que renunciar a esto cuando, además, en cierta manera, esta sociedad no me da garantías de que esta elección vaya a permanecer en el tiempo, porque lo que percibo son muchos fracasos.

El joven se ve, por lo tanto, obligado a elecciones precarias. "Hoy elijo esto, mañana ya veremos". Tanto en las relaciones afectivas como en el mundo del trabajo, el horizonte se compone de opciones siempre reversibles, más que de elecciones definitivas, y esto parece el paradigma: esto es así, y tenemos que aceptarlo así, parecería.

Nos encontramos, pues, con la dificultad de lo que Benedicto XVI definía como un "clima generalizado", una mentalidad que lleva a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien. En definitiva, de la bondad de la vida; podríamos decir de la posibilidad del desarrollo pleno de una vida.

Ante esto, en el sínodo aparece con fuerza la necesidad de un acompañamiento para el discernimiento. El acompañamiento se definirá entonces, como os decía antes, como una compañía, como el testimonio de la bondad de la vida en medio de la perplejidad, y precisamente, tomar decisiones

y orientar las propias acciones en situaciones de incertidumbre y frente a impulsos internos contradictorios es el ámbito del mismo ejercicio del discernimiento. Por lo tanto, en este contexto, lo que verdaderamente hace falta es esto, acompañamiento y discernimiento.

Para introducir el discernimiento en la educación de los jóvenes hoy, conviene tomar en consideración una observación del *Instrumentum Laboris* del sínodo, acerca del enfoque con que la generación juvenil afronta la realidad. “Este enfoque”, dice el *Instrumentum Laboris*, “se basa en la prioridad de la concreción y de la operabilidad en relación al análisis teórico.

No se trata de un activismo ciego en los jóvenes, ni un desprecio en ellos a la dimensión intelectual. En el modo de proceder, que es espontáneo para los jóvenes”, dice el *Instrumentum Laboris*, “las cosas se comprenden haciéndolas, y los problemas se resuelven cuando se presentan”. Este enfoque señala, por lo tanto, el valor que los jóvenes dan a la experiencia: experimentar, y experimentar muchas cosas.

Esto tiene mucho que ver con el discernimiento. Esto es de gran importancia precisamente para tirar de aquí, para ofrecerlos a los jóvenes el discernimiento continuo como un camino para ir progresando en la construcción de la propia vida y de la sociedad. Así fue reconocido por los mismos jóvenes en la reunión presinodal.

Decía el documento de los jóvenes: “Muchos jóvenes no saben cómo emprender procesos de discernimiento, y esta es una gran oportunidad para que la Iglesia los acompañe”. A lo que en la misma reunión respondió el Papa Francisco: “Debemos decir, sobre este punto, que muchas comunidades eclesiales no saben cómo hacerlo o carecen de la capacidad del discernimiento”. Nos da miedo discernir. Preferimos tener un conjunto de reglas claras y fijas a las que agarrarnos, precisamente porque en estos tiempos tan fluidos podría parecer que estas reglas nos dan una cierta seguridad, pero es una falsa seguridad.

Continúa el Papa: “Este es uno de los problemas que tenemos, pero no debemos asustarnos. Es esta una clara llamada a renovar el empeño por poner el discernimiento en el centro de la vida de nuestras comunidades cristianas, y en concreto, de la familia. Forma parte integral de su misión”, de la misión de la familia, “el acompañamiento de los hijos en la búsqueda vocacional”.

Así lo reconoce el documento final del sínodo al señalar que la familia es la primera comunidad de fe en la cual el joven experimenta el amor de Dios y comienza a discernir su propia vocación.

Es importante tomar en cuenta este papel, este papel de la familia, evitando dos tentaciones. La primera sería pensar que no son capaces, pen-

sar que las familias no somos capaces de ayudar a nuestros hijos en el discernimiento vocacional, delegando este papel en otras instituciones. “Esto, que lo haga la escuela”, “esto, que lo haga la parroquia”, “el movimiento”, “los sacerdotes”. Estas instituciones tienen un papel importantísimo, pero no sustituyen a la familia.

La segunda tentación sería reemplazar a los hijos en su discernimiento, precisamente por este miedo al futuro que se nos presenta, dándoles un camino ya recorrido y cerrado, y sustituyéndoles en la responsabilidad que les corresponde.

Dice el documento final del sínodo que “la búsqueda de prestigio social o éxito personal, la ambición de los padres o la tendencia a determinar las elecciones de los niños pueden segar un verdadero discernimiento”. El objetivo del acompañamiento no es, por tanto, hacerles un discernimiento, como enseñarles a discernir.

Siguiendo el método propuesto por el sínodo, podemos describir tres pasos en el discernimiento: reconocer, interpretar y elegir. Detallo brevemente estos pasos.

El reconocimiento, en primer lugar, consiste en la atención a los efectos que los acontecimientos de mi vida, las personas que encuentro, las palabras que escucho o que leo producen en mi interioridad. Es necesario que aprendamos a escuchar. Todo lo que nos sucede trae emociones de muy distinto signo: tristeza, oscuridad, plenitud, miedo, alegría, paz, vacío, ternura, rabia.

Si me siento atraído por algo, esto es por una correspondencia. Igualmente, si siento rechazo hacia algo es por la falta de correspondencia. Esto implica en muchos momentos una auténtica lucha interior. Reconocer exige hacer aflorar esta riqueza emotiva y nombrar las pasiones sin juzgarlas. Lo primero que hemos de aprender es a no rechazarlas, pues son la puerta de entrada en nuestro corazón.

En el seminario, por poner un ejemplo, una de las mayores dificultades que nos encontramos es un grandísimo analfabetismo en la capacidad de poner nombre a nuestros sentimientos. Huimos de ellos, y a partir de ahí es muy difícil discernir, porque uno está en continua huida de cualquier cosa que siente.

En esta fase, la palabra de Dios reviste una gran importancia. Al leer con frecuencia y meditar en la palabra de Dios, la historia del pueblo de Dios o la vida de Jesucristo, despierta también en nosotros diversos sentimientos: atracción, miedo, indignación, incomprensión; y nos permite reconocer el estado de nuestro corazón en relación a Dios, y la historia de la salvación a

través de la cual se ha acercado a nosotros. Yo creo que los que somos sacerdotes, pero entiendo que también los matrimonios, cualquier cristiano, puede, a lo largo de su historia, descubrir cómo su corazón se ha situado ante determinados pasajes de la Escritura.

En mi caso, reconozco que cuando era joven sentía siempre un grandísimo miedo ante el pasaje del joven rico del Evangelio. Al leerlo, siempre provocaba miedo en mi corazón. Hasta que pude descubrir esto y percibir lo que esto significaba en el diálogo de mi vocación, pues fue algo muy luminoso.

No basta, sin embargo, reconocer lo que se ha experimentado. Es necesario interpretarlo. Esto es, comprender a qué está llamando el Espíritu, a través de lo que suscita en cada uno de nosotros. Al reconocer un sentimiento puedo quedarme solo en eso, o descubrir que he sido creado por alguien y puedo establecer un diálogo con aquel que me ha creado, para descubrir hacia dónde me dirige esto que siento, cuál es su sentido en relación a mi propia naturaleza.

Esta fase requiere un cierto aprendizaje, y aquí es donde más valor cobra el acompañamiento. Primero hemos de tomar conciencia de la fuerza de la configuración social, para no escandalizarnos ante ningún sentimiento, no escandalizarnos. El joven ha de aprender a reflexionar evitando el peligro de construir teorías abstractas sobre lo que sería bueno o bonito hacer.

Hay que prestar atención al riesgo tan señalado, tan subrayado por el Papa, de la hipocresía. En ella, la idea va por un lado y la vida por otro. El mayor peligro que hoy podemos tener es quedarnos complacidos en la idea, creyendo que con tener las cosas claras es suficiente. Tenemos que estar atentos, ya que muchas veces lo que experimentamos es que la cabeza va por un lado y el corazón por otro.

Para interpretar los deseos y los movimientos interiores es necesario confrontarse honestamente a la luz de la palabra de Dios, también con las exigencias morales de la vida cristiana, siempre tratando de ponerlas en la situación concreta que se está viviendo. No basta con decir “esto está bien” o “esto está mal”, sino que tenemos que preguntarnos por qué, y cómo mi corazón se pone ante esto, y por qué, y a partir de ahí podemos hacer este camino.

Este esfuerzo obliga a quien lo realiza a no contentarse con la lógica legalista del mínimo indispensable, y en su lugar buscar el modo de sacar el mayor provecho de los propios dones, es decir, entrar a fondo en los propios deseos. Por esto resulta esta propuesta del discernimiento una propuesta atractiva y estimulante para los jóvenes.

El fin del discernimiento, por último, es la acción excelente. El discernimiento es el verdadero aprendizaje del amor, y esto implica una

elección en la que uno mismo está creciendo, pues su mayor fruto no está en el resultado externo. No se trata, como decía antes, de acertar en una especie de concurso de televisión. El mayor fruto de la acción está en la maduración que supone elegir bien, independientemente de las consecuencias posteriores a esta elección, a la que concurren muchos factores ajenos a nosotros.

Es importante que los jóvenes descubran la belleza de la buena elección. Elegir bien ya es bello, independientemente del resultado que luego tenga esta elección. Las crisis se convierten entonces en una muy buena escuela para la vida. Por eso sería también muy dañino suplantar a los jóvenes en la elección, ya sea directamente como a través de delicados chantajes afectivos.

Dicha elección, sin embargo, debe ser puesta a prueba en la acción, que se convierte en un nuevo camino de discernimiento. Confrontar con la realidad lo discernido es la mejor escuela para encontrarnos con Jesucristo, que nos alienta y nos corrige, debiendo empezar de nuevo a escuchar lo que el camino emprendido va suscitando en nosotros. Por eso, el Papa Francisco nos invita continuamente a salir sin miedo a equivocarnos, pues recordamos que el sentido de la vida está en caminar con Cristo, no en acertar. En caminar con Cristo.

Concluyo: “Queridos jóvenes, sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores, y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y de vuestros maestros, vais a formar la sociedad de mañana. Os salvareis o pereceréis con ella.

La Iglesia os mira con confianza y amor. Ella posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud, la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensas, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla, y veréis en ella el rostro de Cristo”.

Estas palabras no son del sínodo de los jóvenes, aunque podrían serlo perfectamente. Pertenecen al mensaje final del Concilio Vaticano II. Han pasado más de 50 años, y suenan perfectamente actuales.

Hoy, como entonces, la Iglesia mira con confianza y amor a los jóvenes. El reciente sínodo ha demostrado, una vez más, que quiere poner a su servicio sus mejores fuerzas para ser testigo de Jesucristo como fuente de vida verdadera, y para acompañarlos en el ámbito de la familia, en el discernimiento de su voluntad. Así, sus vidas darán un fruto excelente.

Muchas gracias.

Consuelo Martínez-Sicluna - Muchas gracias, monseñor, por su conferencia, rica en detalles, en matices, y en muchísimos puntos que se abren para reflexionar.